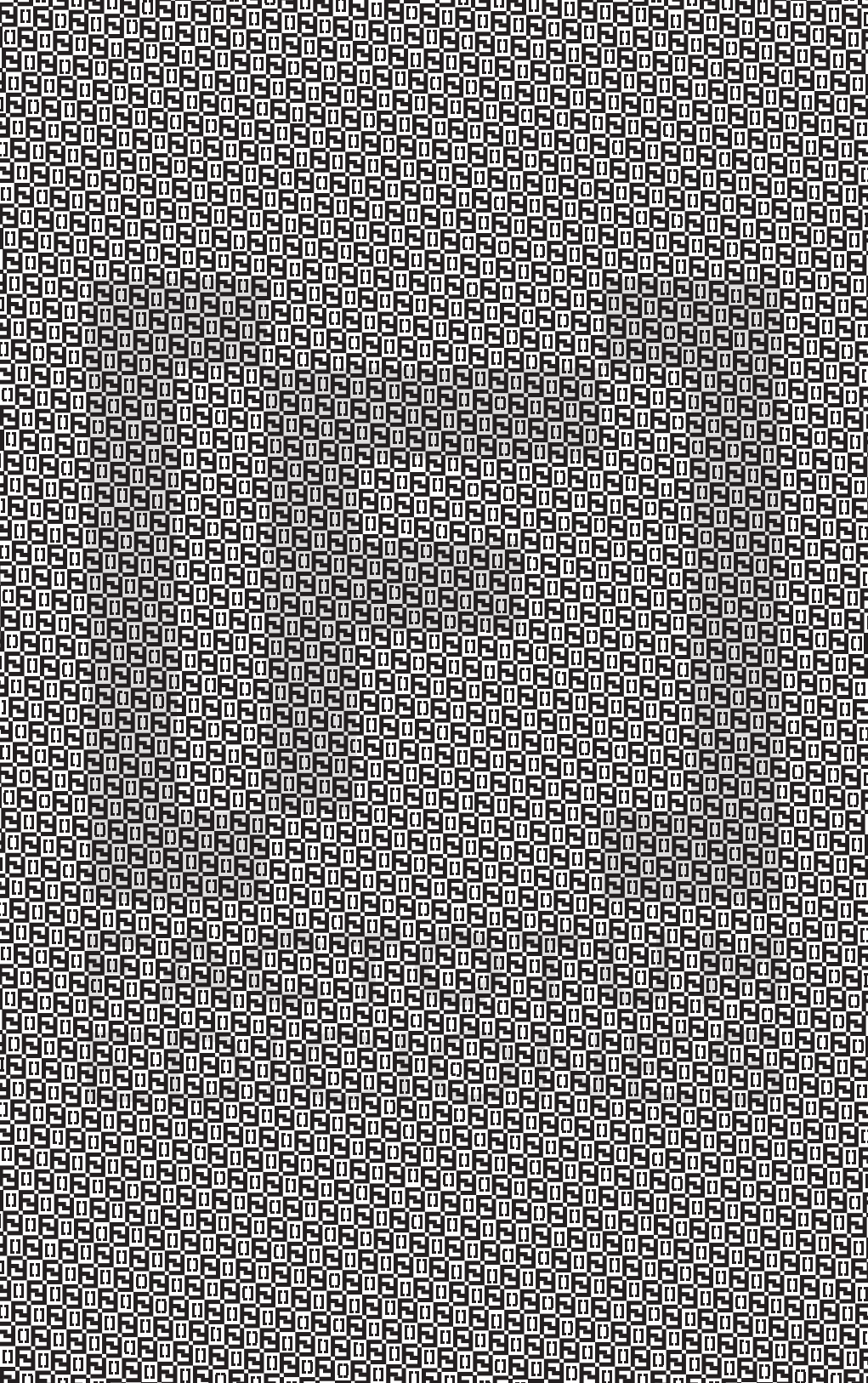




Nadie a quien esperar
Esteban Godoy

FACTOTUM
EDICIONES



Godoy, Esteban

Nadie a quien esperar / Esteban Godoy. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Factotum Ediciones, 2023.

264 p. ; 21 x 13 cm. - (Fictio)

ISBN 978-987-4198-50-1

1. Narrativa. 2. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD A863

© Esteban Godoy, 2023

© Factotum Ediciones, 2023

Pasaje Rivarola 115 (1015)

Buenos Aires, Argentina

www.factotumediciones.com

Primera edición, 2023

Coordinación y composición de interiores: Fernando Ozón

Composición de tapa: Natalia Brega

Corrección: Fátima Nieves García

Foto de tapa: Dolgachov, Envato Elements

Diseño de maqueta: Renata Cerelli

Asesor gráfico: Aldo de Losa

ISBN 978-987-4198-50-1

Libro de edición argentina

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



Nadie a quien esperar
Esteban Godoy


FACTOTUM
EDICIONES





Para Ana

FACTOTUM
EDICIONES



*–No lamentarás irte, por supuesto.
Para la gente como nosotros nuestro lugar es donde no estamos.*

Francis Scott Fitzgerald,
A este lado del paraíso

FACTOTUM
EDICIONES

Silencio

Nos habíamos acostado bien temprano. Así dormimos algo antes de viajar, había dicho mamá; aunque para las dos de la mañana, cuando sonó su despertador, ni ella ni yo habíamos pegado un ojo. Desde mi pieza había escuchado el croar de los sapos, el ladrido de algún perro a lo lejos, esa clase de ruidos que venían de afuera y que son normales en una ciudad quieta como la nuestra. Nada de autos, ni música, ni conversaciones; todo muerto. Adentro, en cambio, mamá no había parado un segundo: del sofá a la cocina, de la cocina al baño, del baño otra vez al sillón; prendía la radio, la tele, así hora tras hora, hasta que en un momento todo se apagó de golpe y por primera vez hubo silencio. Un silencio pesado, que se interrumpió cuando abrió la puerta de mi pieza:

–Te dejé dormir un rato más –dijo–. Apurate que se nos va a hacer tarde.

Se fue sin cerrar. La escuché llenar la pava y encender la radio de nuevo. El locutor hablaba de bajas temperaturas, bancos de niebla y tormentas aisladas. No parecía una madrugada tan diferente a cualquier otra, solo que ese martes 6 de septiembre de 2005, los dos íbamos a dejar Tandil para

subirnos a un micro y hacer más de trescientos kilómetros hasta Buenos Aires, al Hospital Durand, donde nos esperaba un estudio de ADN. También estaba citado Daniel Pearson, el hombre al que, a mis dieciséis años y posiblemente después del análisis, podría empezar a nombrar como *mi padre*.

Él había vivido a la vuelta de nuestra casa con su mujer y sus hijos, Julián y Lucila. Los hermanitos Pearson (especialmente Lucila) habían sido mis mejores amigos hasta un poco después de que entré a primer grado, cuando se fueron del barrio a otro que quedaba cerca del centro. Pasados unos meses de esa mudanza, mamá me dijo que él era *él*. También me contó que Daniel Pearson estaba al tanto de quién era yo.

Hasta aquella confesión lo único que a mí me quedaba claro era que no tenía papá como los demás, pero nunca supe por qué, ni pregunté. Cuando me asomaba alguna de esas dudas que un pibito está re lejos de poder contestarse, hacía fuerza por pensar en otra cosa, como acompañar al abuelo en el reparto de los sábados, ayudarlo a cortar leña para el hogar, o que me dejara subir un escalón más arriba para podar el ligustro. Lo *otro* siempre me traía dolor de panza. Así que ese hombre que mamá dijo entonces que era mi padre, bien podía irse del barrio, o a otro país, o subirse a un cohete y viajar a la luna: yo nunca iba a dejar de verlo como Daniel, el vecino que se había mudado, el papá de Julián y Lucila, los nenes con los que tantas veces junté moras para hacer dulce, o competí a ver quién se hacacaba más alto, o jugué a cualquier juego que Lucila decidiera y que para mí siempre iba a estar bien.

Pero aunque trataba de olvidarme del tema, a medida que iba creciendo, me costaba más frenar ese vacío que se me formaba abajo del estómago y me subía hasta la garganta y los ojos; una sensación horrible, como si me estuviera ahogando con un hueso de pollo. Esa falta de aire que aparecía en situaciones en

las que, por miedo o vergüenza, no sabía cómo carajo actuar. Igual que aquel martes de invierno, casi diez años después de la tarde en la que mamá me había confesado que Daniel era mi padre. Cuando escuché que ella volvía desde la cocina me hice el dormido, rezando por tener la misma suerte de algunas mañanas en las que, espiondo entre las frazadas, la veía quedarse en el pasillo, mirándome y, tal vez por el frío o por lo buen alumno que yo era, seguro le daba lástima y me dejaba faltar a la escuela.

Aguanté la respiración mientras ella permanecía en la puerta, casi creí que me había salvado. Pero entonces tosió fuerte para hacer de cuenta que recién entraba, y no me quedó otra que bostezar para fingir que me estaba despertando.

–Vamos –dijo–. Nos espera un día largo.

Salí de la cama y me vestí. Aunque siempre hacía un frío de cagarse en Tandil, esa madrugada parecía que estábamos en Alaska. Capaz eran los nervios, pero ya podía imaginarme las veredas escarchadas, el aire seco que te hacía doler la nariz, las últimas bocanadas de humo escapando de todas las chimeneas. Cuando me metí en el baño fue peor, porque la claraboya dejaba entrar un chiflete polar. Había quedado abierta desde la última vez que el abuelo estuvo trabajando en el techo, hacía como mil años, y nunca más pudimos cerrarla. Hasta que un día mamá vino con una *solución*: la llave iría del lado del pasillo y cada vez que termináramos de mear, cagar o ducharnos habría que cerrarlo. Tremenda boludez. El frío iba a entrar igual, con o sin la llave, le había dicho yo.

–Es por si quieren meterse a robar –aclaró.

Desde la muerte del abuelo habíamos empezado a descubrir un montón de problemas que tenía la casa y que había que resolver a diario, como cortar el pasto y el ligustro, o sostener techos

y paredes que, literalmente, se caían a pedazos por la humedad. A mí me parecía que mi vieja transformaba los asuntos más tontos en algo súper complicado, para terminar finalmente con esas soluciones bizarras, como lo de la claraboya, que no aportaba nada y encima sumaba otra preocupación. Si por ejemplo se descascaraba el revoque de una pared, le ponía un cuadro encima para taparlo; si la cadena del baño se rompía, pasábamos meses tirando agua con un balde que cargábamos en la bañera (de paso sirve para juntar las pérdidas de la ducha, decía). El único césped que se cortaba seguido era el del jardín del frente; el patio del fondo no estaba a la vista, podía esperar. Así de emparchado estaba todo en nuestra vida entonces.

Me miré al espejo. Apenas me asomaban unos pelitos sobre los labios, algo ridículo, y eso que, salvo la última semana, venía afeitándome seguido para que la barba me creciera fuerte y rápido, y así parecer más grande. Igual, con o sin pelos en la cara, ya me sentía un bicho raro. Me dedicaba horas y horas a tocar la guitarra y escuchar discos de jazz, tenía pocos amigos y era virgen.

Cuando entré a la cocina mamá revolvía en la cartera:

–Me falta un papel.

Siempre le pasaba. A veces con la plata. Quería guardarla bien pero la escondía en lugares tan rebuscados que después tenía que andar dando vuelta cajones, levantando el colchón, sacando libros. ¿No podía elegir un rinconcito para guardarla y listo? Me ponía loco. Le dije que me hubiera quedado durmiendo un rato más, pero enseguida me arrepentí. Todavía se le notaban las ojeras.

–Lo encontré. Creo que está todo –dijo.

Apagó la radio y se quedó frente a la puerta, aturdida. Traté de pensar en la noche que habría pasado en el sillón del living,

haciendo zapping por los tres canales de aire. Entonces otra vez se me vino la imagen del abuelo. Antes de morir, él también había tenido la costumbre de dormir en ese sillón. Era extraño encontrar un parecido entre ellos, por lo que yo recordaba no se habían llevado nada bien. No sé cuál pudo haber sido la razón para que el abuelo decidiera dormir en el living, si escuchar los ruidos de la calle o simplemente estar solo. Tampoco entendía por qué de golpe yo pensaba tanto en él, si hacía siete años que había muerto.

El remís nos esperaba en la puerta con el motor encendido, el caño de escape echando humo, las luces como dos columnas amarillas que recortaban la niebla: una escena surrealista en ese barrio dormido. Aunque seguramente alguien nos vigilaba. Cualquier vecino que hubiese notado un movimiento diferente del habitual ya estaría pegado a la persiana, a la pesca de *la novedad* para divulgarla entre familiares y amigos. Solamente una mañana horrible se habían quedado sin ganas de joder, la que amanecimos con la noticia de que Cristian, el hijo del matrimonio de la esquina, se había matado en un accidente volviendo de Rauch. Aquella vez el silencio había durado semanas, nadie había tenido ganas de molestar con eso, ni siquiera se habían asomado a la vereda. Pero lo que estaba pasándonos no era tan grave como lo de Cristian; y seguramente nadie iba a morir hoy.

—A la terminal —ordenó mamá apenas subimos.

Apoyé el bolso entre medio de los dos y miré por la ventanilla: la luz de la galería había quedado encendida. Cuando la abuela se levantara tendría que venir desde el departamentito del fondo a abrir las persianas y apagar todo para hacer ver que en nuestra casa había gente. Y a la noche otra vez, a prender la

luz y cerrar. También debía darle de comer a Lola, una labradora negra que habíamos adoptado después de la muerte de Flash. La tarde anterior al viaje mamá había pasado un rato hablándole, diciéndole que no se preocupara, que la íbamos a extrañar, que no era más que un día y estaríamos de vuelta. Pero era ella la que se veía preocupada y no la perra. La abuela había intentado consolarla diciéndole que cuando nos fuéramos iba a quedarse un rato con Lola, cosa que a mamá seguro le había dado tranquilidad por el animal, aunque por otro lado la habría enloquecido: cada vez que llegábamos a casa y no encontraba algo, decía que su madre seguro había venido a tocar todo, qué se tenía que meter, y así. El remisero puso el reloj en marcha, nos miró por el espejo y arrancó. No habíamos hecho dos cuadras cuando largó la primera pregunta:

–¿Van de viaje?

–Vamos a la capital –respondió mamá.

Me apoyé en el respaldo y bajé la ventanilla un poco. El tipo me preguntó si quería que apagara la calefacción y le dije que no. Hicimos otras dos cuadras, insistió con el interrogatorio:

–¿Trámites?

Bajé el vidrio un poco más.

–Subí eso –dijo ella.

El chofer nos fichaba por el espejo. Obedecí y cerré hasta el tope. Mamá se disculpó y le dijo que sí, que íbamos a hacer trámites. ¿Por qué no le decía que se callara y siguiera manejando? Si nadie nos había visto, al menos no directamente, y era de madrugada y había niebla, capaz podíamos zafar del chusmerío, capaz nadie iba a enterarse de que nos estábamos yendo para allá. Quise pensar en otra cosa, por ejemplo en que iba a faltar a la escuela, pero no me pude alegrar demasiado porque el tipo seguía tratando de afanar información. A mí no me interesaba la vida de nadie y prefería que nadie supiera de

la mía. En cambio mamá, desde que había tomado la decisión de hacer el putito análisis, buscaba cualquier oportunidad para comentarlo con el que se le cruzara, y cuanto más le preguntaban, más exagerada se volvía. Me daba vergüenza. Pensaba: ¿por qué no va y le cuenta también que hace un mes que estudia el mapa de subtes de Buenos Aires por si aparece algún problema con el tránsito, o que tiene banda de nombres de hoteles anotados en un cuaderno por cualquier inconveniente que pueda surgir con la reserva?

Doblamos en la avenida y el auto aceleró. El chofer había cortado el cuestionario. Las calles se veían desiertas, los negocios cerrados, podía dedicarme a pensar cómo iba a manejar a mamá. Desde que se le había ocurrido lo del ADN y empezó a planear cada detalle se había vuelto un poco loca. Si el abuelo viviera, pensé, le cortaría el mambo al toque. Aunque lo más probable era que él no hubiese intervenido porque, si no estaba de acuerdo con algo, directamente no abría la boca. Y para ella, el silencio era peor a que le dijeran que lo que estaba haciendo no tenía sentido. Y no lo tenía, obvio que no: si yo había vivido sin padre dieciséis años, ¿qué podía cambiar ahora? Mejor no me seguía torturando. Hacía montonazo que era mamá la que tomaba las decisiones. Pero esta vez se había pasado, porque con lo del ADN no solo nos involucraba a nosotros dos y a Daniel Pearson, sino también a Julián, a Lucila y a Coralina, la chiflada que tenían por madre. Y estaba claro que ellos tres no tenían ni puta idea de quién era yo.

De golpe la vi inclinarse para adelante, se puso a hablar con el remisero: del tiempo, de Buenos Aires. El tipo era un plomazo de los que piensan que se las saben todas. Arrancó a dar recomendaciones: que tengamos cuidado en Retiro, en el subte, en el taxi. Ella dejó de interesarse en la charla, como si no lo estuviese escuchando. Quise preguntarle qué

decía Daniel Pearson de esta movida, cómo se lo había tomado. Porque aunque ahora se encargaban los dos abogados, en algún momento ella lo tenía que haber llamado. ¿Cómo habría sido esa conversación? ¿Y por qué teníamos que hacer un estudio de ADN? ¿Acaso él había negado *todo*? ¿Y si mamá mentía o se había equivocado?

Las luces de la terminal estaban encendidas. El estacionamiento se veía vacío y las letras del cartel titilaban en la niebla. El remisero nos preguntó si nos dejaba en uno de los laterales o directamente en la puerta.

–En la puerta –dijo mamá.

Después de que me confesara quién era mi padre y aunque para mis seis años en apariencia nada había cambiado (seguía viviendo en la misma casa, iba al mismo colegio, me pasaba las tardes jugando en el patio o ayudando al abuelo), algo empezó a molestarme. Y no *algo que tenía*, sino *algo que me faltaba*, o por ahí les faltaba a los demás cuando me miraban, yo que sé. Por ejemplo, la primera mañana de segundo grado la señorita Vanuzzi había dicho que antes de arrancar con la clase quería que nos presentáramos uno por uno al resto de los compañeros. Preguntó si había nuevos. Sí, había uno, y estaba sentado en la fila de adelante. Ella le dio la bienvenida y después empezó con lo de las presentaciones, no por cualquiera sino por el hijo de la directora: Diego Fosch, que se sentaba siempre al frente y se creía el dueño del colegio. La Vanuzzi le preguntó su nombre, el de sus papás, y si tenía hermanos. Y ahí pensé en Lucila y en Julián, y empecé a transpirar. ¿Ellos *eran* mis hermanos, como mamá decía, o solamente habían sido mis amigos?

Conté ocho compañeros antes de que me tocara responder y me puse a mirar el banco. Alguien había escrito con fibrón eso que los de séptimo decían en el recreo y nosotros repetíamos: PIJA. Lo codeé a Andrés Rivas para que leyera. Nos reímos. La maestra pidió silencio. Agaché la cabeza y traté de pensar qué decir. ¿Eran mis hermanos o no? Mamá ya me había aconsejado:

–Si te preguntan contás la verdad. O si no querés, decís que no tenés y listo.

¿Así de fácil? Todos los demás chicos tenían hermanos y papá menos yo, esa era para mí *la* única verdad. Miré al nuevo: cabeza rapada y una cicatriz en la nuca. Me puse contento, capaz tuviera algún problema grave, que no pudiese mover un brazo, o que fuera sordo o tartamudo. Algo feo, cosa que cuando llegara mi turno nadie me diera importancia. La Vanuzzi le agradeció a Diego Fosch y pasó a la que le seguía en el orden de los bancos. Roberta Moreno vivía con su mamá y un tío, y era súper charlatana. Contó que el papá y la hermana mayor se habían ido a vivir a Italia cuando ella era una bebita, y para Navidad venían a visitarlos. Habría visto a su papá siete veces, una por cada año desde que había nacido. Yo al mío lo había visto más, aunque sin saber que era mi viejo, así que no contaban. Seguí pensando formas de salvarme, pero no me aparecía ninguna. El año anterior yo había dicho que no tenía papá, y cuando la maestra me preguntó por mis hermanos contesté que tenía tres primos. Algunos compañeros se largaron a reír como estúpidos. Pero entonces no sabía lo de Daniel Pearson. ¿Por qué mamá no me lo había dicho antes? Hubiera sido más fácil empezar el colegio sabiendo la posta. Me dio mucha rabia y seguía asustado.

Llegó el turno del nuevo. Se llamaba Mariano Reyes. Padre, madre, hermana. Había nacido en Buenos Aires y recién se

mudaban a Tandil. Hablaba de corrido y no parecía sordo ni nada. Levanté la mano y pregunté si podía ir al baño, pero la maestra me dijo que tenía que esperar al recreo. Abrí la cartuchera y la cerré. Hice eso dos veces hasta que le tocó a Rivas. Dijo su nombre y apellido y el de sus papás. Tres hermanos. Tiré la cartuchera al piso y me agaché para juntarla. Me acordé de la torre de Lego. La había armado el viernes, usando casi todas las piezas y desde entonces estaba parada como un monumento en el medio de mi dormitorio. Cuando llegara a casa iba a tener toda la tarde para terminarla y eso me puso contento. Pero duró poco, porque cuando levanté la cartuchera, la señorita me estaba mirando y me preguntó si yo era Javier Vázquez. Todos se dieron vuelta para clavarme los ojos. Le dije que sí con la cabeza, y me pidió que la acompañara afuera. Mientras me levantaba, algunos silbaron y alguien me tiró un bollo de papel. Me había salvado. Era tanto el alivio que me di vuelta y saqué la lengua. Todos se rieron más fuerte y algunos aplaudieron. Estaba dispuesto a cualquier cosa con tal de no volver al aula. Hasta prefería quedarme en penitencia en la puerta de la dirección. Pero cuando salimos, en lugar de retarme, la maestra me preguntó si yo tenía papá. No pude hablar, solo negué con la cabeza.

–Bien –dijo–. No te preocupes.

Me revolvió el pelo y me hizo entrar con ella al aula. Fui a sentarme. Rivas me contó que uno de sus hermanos más grandes le había dicho que la Vanuzzi era *tortinllera*.

–Reíte, nabo –me empujó con el codo.

Yo qué sabía lo que era eso, ni me importaba. Igual me reí, la maestra pidió silencio y nos ordenó que siguiéramos con lo que veníamos haciendo, así terminábamos. La clase entera se quedó callada y la Vanuzzi me salteó. Agaché la cabeza y escuché que muchos de los chicos hablaban de lo que había

pasado, en la fila de atrás, a los costados. Tuve la sensación de que el nuevo era yo. Que iba a serlo siempre. Hasta Mariano Reyes hacía comentarios. Se me ocurrió hacerle algo en el recreo, como esconderle la mochila, correrle la silla cuando se fuera a sentar, o escribirle *pija* en el banco y contárselo a todos. Pero al final solamente traté de pasar desapercibido el resto del día y cuando llegué a casa tiré la mochila al piso y le dije a mamá que no quería ir más al colegio. Después fui al cuarto y de una patada hice volar la torre.

En las plataformas no había micros, por suerte tampoco se veía gente en el hall. Nos sentamos en un banco. Dentro del bar, el mozo iba acomodando las sillas que bajaba de las mesas y cada tanto miraba el televisor. Me gustaba la terminal, el aroma dulce que salía de la confitería, el olor a cuero del puesto de *souvenirs*; la sensación de estar en una especie de portal desde el que podría transportarme a un lugar nuevo y mejor. Para ese entonces yo apenas había viajado dos o tres veces a Mar del Plata, acompañando a la abuela. Ella tenía familiares por toda la provincia y hasta hacía unos años, cada vez que podía, aprovechaba casamientos, velorios, cumpleaños, lo que fuera con tal de ir a verlos. Si no era a Mar del Plata iba a Zapala o a Punta Alta. Incluso algunas veces había viajado a Buenos Aires a comprar libros. Después, cuando murió el abuelo, no solo dejó de viajar, sino que ya ni siquiera salía para visitar a su otro hijo, Tío Manuel, que vivía a media cuadra con la mujer y los chicos. Ellos tampoco venían tan seguido por nuestra casa. Fue como si la familia se hubiera partido de repente.

–Todavía no llegó el nuestro –dijo mamá, la voz tensa, la vista fija en la pantalla donde iban apareciendo los horarios de salida de los diferentes servicios.

Eran las dos y cuarenta y en el pasaje que teníamos decía que el micro salía a las dos cincuenta y cinco, un servicio directo que usaba la gente que iba a Buenos Aires a hacer trámites bien temprano. Pero por suerte esa madrugada parecía que ningún tandilense tenía motivos para salir del pueblo.

De pronto vi al Ruso Subisch entrando por el costado. Para qué carajo me ilusioné. Siempre alguno te enganchaba. Hice como que no lo había visto y me puse a buscar mi gorro en el bolso, uno de lana que me había tejido la abuela hacía mil años, cuando todavía le interesaba tejer y esas cosas.

–Te están mirando –mamá me codeó.

Seguí con lo que estaba haciendo, pero ella insistía.

–Ahí. Hay un chico que te está llamando, ¿no escuchás?

–No sé quién es.

–Viene para acá.

–Se habrá equivocado.

–Qué hacés, Javier –dijo Subisch, y me extendió la mano. No traía bolso. Capaz lo había dejado por ahí atrás, donde seguro estarían sus padres. ¿Qué mierda irían a hacer a Buenos Aires un martes?

–Cómo andás, Ruso.

Mi vieja tosió, como para llamar la atención. Los presenté. Fabián Subisch había sido compañero mío en el industrial hasta comienzos de ese año, cuando me pasé al turno noche. Con él tenía más onda que con el resto porque vivíamos a pocas cuadras y dos por tres jugábamos al fútbol en el Uncas, el club de nuestro barrio. Incluso yo había pasado varias tardes en su casa, estudiando y espionando a su hermana, que era unos años

Índice

Silencio	13
La otra parte.....	89
Hombre nuevo	141
Pertenencia	205

FACTOTUM
EDICIONES



¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

**Podés adquirirlo en www.factotumediciones.com
y en cientos de librerías.**

**Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones
este proyecto editorial.**

Factotum es una editorial independiente con base en Buenos Aires que apuesta por ediciones cuidadas de obras de ficción escritas por autores latinoamericanos contemporáneos. Nuestros lectores disfrutan de la literatura que ficciona y recrea los grandes temas actuales de nuestras comunidades.

Factotum propone un universo de historias que nos reflejan o nos invitan a asomarnos a mundos ajenos, pero cercanos. Libros que abren las puertas del erotismo, la violencia, las relaciones de pareja y familiares, el humor y la desesperación.

¿Nos acompañan a atravesar el paraíso y el infierno de nuestra sociedad?



Factotum Ediciones



@factotumed